

Análisis de texto

EL LEGADO MALDITO

*Una descripción básica
de la
administración colonial hispana en América*

GUSTAVO ARIEL TONICELLI

MMXI



Una descripción básica de la administración colonial hispana en América

El legado maldito

En ésta sinopsis me planteo describir, solo describir, la configuración del Orden Colonial Hispano con el objeto de plasmar una idea central: América nunca pudo superar el esquema administrativo heredado de su antiguo conquistador y ello ha repercutido nocivamente en el proyecto productivo y redistributivo de sus riquezas entre sus habitantes.

Para ello, me apoyo en el relato elaborado por el eximio historiador Tulio Halperín Donghi en el apartado 'El Legado Colonial' capítulo I, incluido en su obra "*Historia Contemporánea de América Latina*" de Editorial Alianza del año 1998.



UNA MÁQUINA EXPOLIADORA DE RIQUEZAS

Cuando nos referimos a '*Orden Colonial*' referimos ineludiblemente a todo un sistema político, jurídico y social que sirvió de marco ordenador de toda la vida comunitaria de las



gentes que tuvieron relación directa o indirecta con la temporalidad americana de principios del siglo XV hasta las primeras décadas del XIX inclusive.

La crónica histórica nos ha mostrado la existencia de dos modelos claramente diferenciados no solo por sus esquemas de dominación sino -desde un punto de vista económico- por la eficiencia demostrado en el saqueo legal de cada uno de ellos: un primero, de los Austrias hispanos y un segundo, objeto en particular del presente trabajo, de los Borbones españoles.

El primer momento de la conquista fue el que aportó las más formidables ciudades americanas, pero constituidas a través de un pragmatismo vernáculo sin la injerencia de las autoridades hispanas que no deseaban inmiscuirse en cuestiones que la teoría de la época no consideraba importantes. Muchos de los asentamientos fueron la simple reconversión de las antiguas ciudades de los pueblos primitivos. Otras -la mayoría por cierto- son el resultado de la expansión urbanística de antiguas fortalezas o fortines. De una manera u otra, el perfil definitivo será dado por el posterior momento Borbón, cuando se habiliten nuevos puertos y redimensionen los antiguos villorios en pos de la búsqueda constante de una mayor exacción de las riquezas.

En líneas generales, todo el dibujo Borbón de los circuitos productivos en América estuvo orientado hacia dos fines concretos:

- Extraer la mayor cantidad tributaria posible de riquezas contadas en metálico y especies selectas
- Establecer un sistema cerrado de comercialización para evitar la fuga de metales fronteras afuera mediante la creación de aceitados vínculos comerciales entre la metrópolis y las colonias y también entre los habitantes mismos de una misma región. Un sistema conocido como ecumene regional.

Para ello, se valieron de una nutrida legión de administradores, veedores, visitadores, corregidores y varios etcéteras que tenían como único fin el controlar que esas dos premisas se cumplieran. Incluso el rol de la marina de guerra y el ejército estaba dirigido exclusivamente a ello, dejando la exploración de nuevos territorios en manos privadas o empresas de aventureros que accedían a esas correrías a través de vergonzantes contratos -Capitulaciones- con la Corona misma.

La configuración económico política dada por la Casa de los Borbones a América durante todo el Siglo XVIII -y que se ha constituido como determinante a la hora de entender la seguidilla de revoluciones en el siglo siguiente- respondía a la presión internacional derivada de la puesta en marcha de un nuevo modo de producción, el capitalista, cuyo hito fundacional se lo encuentra en el proceso de reconversión energética acaecido en Gran Bretaña y fue conocido como 'Revolución Industrial'. Además, las grandes potencias de la época estaban ávidas de nuevos mercados y América no solo era permeable a ello, sino fácilmente persuadible a la luz de serios problemas estructurales derivados de un manejo no inteligente de España hacia sus colonias de ultramar.

Como sea, el esquema que sigue a continuación ha sido concebido en su momento para un fin determinado, los mentados más arriba y que se condicen con un territorio sometido a dominación externa. El problema

América nunca pudo superar el esquema administrativo heredado de su antiguo conquistador y ello ha repercutido nocivamente en el proyecto productivo y redistributivo de sus riquezas entre sus habitantes.

actual radica, y de allí el trabajo de Halperín Donghi, en desnudar las falencias del mismo en relación a la imposibilidad de acceder a un futuro promisorio, a un esquema de equidad social, con semejante monstruosidad productiva caracterizada por la concentración, la falta de perspectivas y opciones para los puntos alejados o rurales y un evidente perfil de vasallaje del sector primario hacia las grandes urbes junto con la ausencia e imposibilidad de la generación de una salida del sector secundario

hacia el exterior del ecumene. Incluso podemos inferir de toda la lectura otra seria cuestión: el irresistible crecimiento a dimensiones estelares del sector terciario y aquellos improductivos o parasitarios (hoy sería el clientelar) dado por la megacefalía a que fueron sometidas las regiones de antaño, apiñando cientos de gentes en lugares urbanos sin tareas asignadas mas que la servidumbre o servicios básicos. Dicha concentración, no tuvo su correlato en la estructuración y planificación urbana de los arrabales, por lo que en la actualidad podemos ver en las estructuras urbanas básicas, un sesgo anárquico que denota la falta de previsibilidad en cuanto al desarrollo histórico de las grandes ciudades de América.

LA DIVISIÓN TERRITORIAL DE HISPANOAMÉRICA EN EL SIGLO XVIII

Para lograr una mayor eficiencia recaudatoria y defensiva, se instauraron además de los ya existentes virreinos de Nueva España y Perú los de Nueva Granada y Río de la Plata. A la par, en las zonas con fuerte presencia indígena, con un marcado encono hacia lo extranjero por parte de los nativos y áreas de fronteras expuestas al arrebato extranjero, se crearon las capitanías Generales como la de La Habana, Guatemala, Venezuela y Chile.

Cada una de estas administraciones poseía una división en intendencias, gobernaciones y cabildos.

El Virreinato de Nueva España fue sin lugar a dudas la joya de la corona. Poseía una riqueza sin igual y se podía sin temor a la exageración, comparar con los grandes reinos de la época. Sus principales ciudades fueron México -donde el refinamiento de las formas, la riqueza arquitectónica y su dinámica comercial eran inusitadas- que poseía una población similar a las de las grandes urbes europeas y la más numerosa de América contando, además, con una alta tasa de crecimiento demográfico en virtud de la edad promedio de sus moradores y habitantes. El sueño de Cortés de crear una nueva comunidad hispana allende el mar sin duda alguna vio colmadas todas las expectativas desde el momento en que las poderosas familias tradicionales del antiguo imperio Azteca ostentaban riquezas no solo majestuosas sino envidiables incluso por la metrópolis misma.



Otros asentamientos urbanos de importancia eran los del puerto de Veracruz, la cara de México hacia el mundo y Puebla en la zona central. Querétaro, San Luís de Potosí y Guanajuato en la parte septentrional, zonas mineras por excelencia, formaban un triángulo económico virtuoso, que nucleaba toda la actividad mercantil al norte de la capital.

La composición étnica del Virreinato variaba de acuerdo a las latitudes¹. En el sur había una fuerte presencia indígena debido a las migraciones constantes con la zona central de América. No sucedía lo mismo con las áreas donde la presencia europea y su comercio eran el factor de crecimiento como en la zona costera y la parte central del actual territorio mexicano. De una manera u otra, la cuestión racial se vería superada a favor de una integración cuando llegue la independencia en siglo XIX en virtud de los corrimientos poblacionales derivados de las disputas. Es de destacar en un apartado la presencia mestiza. Si bien los peninsulares fueron los protagonistas indiscutibles de los vaivenes políticos de la época colonial, el sector enraizado con ambas fuentes culturales -la autóctona y la foránea- el mestizo, se consideraba a sí mismo como el heredero natural de las costumbres y las formas, por lo que su presencia en cada uno de los lugares y la vida social misma en todo el virreinato (y en el Perú también, como describiré) fue de un inestimable valor, no solo cultural, sino también político y económico.

Un hecho cultural define a los habitantes del México con respecto al resto de las Américas: la discriminación siempre estuvo dada por lo económico y no por el origen étnico. Mientras que en Perú, en Nueva Granada, en las Antillas, en el Plata y en Chile la segregación estuvo marcada por una clara antinomia blanco-indio y blanco-mestizo, en la tierra azteca hubo incluso grandes familias de mestizos devenidas en nobleza con títulos comprados a los caídos en desgracia en la metrópolis. Una situación que irremediablemente repercutirá a lo largo de su historia y que aún hoy lo podemos observar.

En las Antillas y el Caribe en general las principales ciudades fueron La Habana, Santo Domingo, Guatemala, San Salvador y San José de Costa Rica, todas caracterizadas por una fuerte presencia hispana y de sectores castrenses². Los núcleos poblacionales siempre han derivado de alguna fortaleza o bastión en particular colocados por la Corona en virtud de la producción del lugar o de la estrategia geopolítica implementada. El volumen de la población, absolutamente castista, no tenía las dimensiones descriptas anteriormente. Encontramos sí la impronta esclavista más importante del nuevo continente. La población negra de algunos territorios incluso llega al 95% del total, como en la Española, por ejemplo. Las capitanías continentales del Caribe, Venezuela y Guatemala mostraron un importante componente nativo originario en áreas de servidumbre y en plantaciones que indudablemente ha sido el determinante para que hoy se muestren como las mayorías étnicas más importantes de América, a pesar del mestizaje forzado a que fueron sometidos.

En la época colonial era común discernir entre un blanco, un indio, un negro o un mestizo. Hoy eso casi no es posible. América es un continente de mestizos encubiertos.

El Virreinato de Nueva Granada y el del Perú son similares en muchos aspectos. Sus ciudades responden a una necesidad imperiosa de dominación de un ex imperio férreamente construido en base al control coercitivo y es por ello que todas las ciudades fueron en sus inicios plazas fuertes y concebidas como bastiones inexpugnables. Lima, Cartagena de Indias, Popoyan, Quito, Guayaquil, Cuzco, Villa Imperial del Potosí, Bogotá. La densidad poblacional fue importante en dichas épocas de concentración de la producción, sobre todo la metalífera. La presencia del blanco en las grandes ciudades solo fue importante en la medida

¹ Cuando tratamos de describir la composición étnica de una región, inevitablemente hablamos de porcentajes y proporciones matemáticas. En Historia, eso no es de ninguna manera importante desde el momento en que no es determinante para los procesos sociales en modo alguno. Por caso, los grandes cambios operados en mucho de los lugares que hoy conocemos como en vías de desarrollo o subdesarrollados no padecieron una concentración masiva de gentes extranjeras o invasores. A veces ni siquiera hubo soldados o alguna fuerza armada. "Basta con un solo inglés en una isla para que todos tomen el té a las cinco de la tarde", diría la Reina Victoria de Gran Bretaña. Precisamente eso ocurrió en muchas zonas de América: la sola presencia de un peninsular generaba las condiciones de dominación tan férreas como los bastiones de las Capitanías Generales, pululante de soldados. Sin duda eso es cultural. Los pueblos dominados por siglos por parte de los imperios tributarios precolombinos, tenían asumida su condición de serviles y para el caso daba lo mismo un emperador quechua, azteca, español o japonés, si ello hubiera sido posible.

² No olvidemos que es en esta zona donde se produjeron los más grandes genocidios amerindios en manos de los españoles y la Iglesia de Roma

que se mantuvo la presencia imperial hispana. La economía de hacienda y plantación solo mostraba una ínfima presencia del peninsular y sí una mayor inserción de los criollos. El componente indígena y mestizo siempre fue superior, no solo en las áreas de producción sino en la trashumancia del ganado. Este hecho ha determinado que siempre las montañas fueran la caja de resonancia de los grandes hitos libertadores y los conatos de revuelta. Los señores étnicos persistentemente mantuvieron las prerrogativas sobre sus paisanos amenazando de una u otra manera los lineamientos políticos de las grandes urbes.

Por fin, al sur del continente, en el litoral del Paraná, en la Tucumanesa, el Cuyo y en el Chile, la presencia del blanco fue determinante para el desarrollo dada la baja densidad poblacional de los pueblos originarios y su dispersión en el territorio. No existiendo asentamientos nativos, el español hubo de crear las ciudades desde la nada. Buenos Aires, Santa Fe, Asunción, Santiago, Córdoba... fue sin dudas el más paupérrimo de los territorios españoles de ultramar, solo suplido ello con la dinámica comercial impuesta mediante el contrabando de mercancías que se introducían al Altiplano y al Perú por sus fronteras del sur. De allí la presencia de grandes urbes como Salta, Tucumán y San Salvador de Jujuy absolutamente descolocadas en el nuevo esquema administrativo. Pertenecientes culturalmente al Perú, fueron puestas a disposición del puerto de Buenos Aires para llegar a la plata potosina. Con el correr de la conquista y colonización solo Buenos Aires, por su puerto, logrará generar un despegue desarticulando las restantes ciudades de su interior más profundo que -gracias a una reconversión de sus estructuras comerciales- han podido subsistir hasta la actualidad.

LA CUESTIÓN ÉTNICA

Si bien los españoles se encargaron de exterminar la mayor cantidad posible de población originaria (solo en los primeros cien años de conquista se eliminaron veinticinco millones de indios) la dinámica demográfica, la pujanza de la raza y la juventud plasmada en el componente vital de los americanos, logro mostrar un resultado más que prometedor a la luz de los sufrimientos y penurias a los que fueron sometidos. En la mayoría de los territorios conquistados por el blanco, con la excepción mentada de México, la segregación del indio permitió conservar la pureza cultural de los pueblos a la par que se nutrieron de las nuevas costumbres, y por qué no, de los pocos atributos que ofrecía el conquistador.



La impronta africana subecuatorial estuvo dada sobre todo en las regiones relacionadas a la recolección de frutos y los ingenios azucareros del Caribe. El negro no fue considerado apto para las explotaciones extensivas y solo lo vemos en otras regiones ajenas a la explotación intensiva en razón de la desidia de algunas familias poderosas en contar con un mayor número de sirvientes (a lo que el indio rehuía sistemáticamente).

El mestizaje general es medianamente tardío al sur de México. No se veía con buenos ojos las mezclas étnicas y recién en la época emancipadora es cuando vemos los primeros atisbos de ello con el hombre blanco³. El criollo -hijo de blancos- dejará de ser la etnia dominante allá por el 1900 cuando definitivamente las uniones interétnicas sean comunes y la necesidad de fundar familias de los hombres llegados en las inmigraciones masivas al continente

ignoren cualidades superficiales como el color de la piel.

En Perú, la presencia del mestizo en la conducción de los asuntos comunitarios y en la inserción económica tuvo altibajos importantes. Solo la disolución del último reducto realista en América en manos de San Martín

³ Ello no debe conducirnos a pensar de que no había mestizos. En modo alguno. Los bastardos gestados al amparo de las violaciones, de los concubinatos espurios o sacrílegos y los niños nacidos extramatrimonialmente eran por sí mucho más numerosos que los que la iglesia consideraba 'legítimos'. El tema radica en la inserción social: su status era igual al del indio y por ello, hasta bien entrada la segunda década del siglo XIX -cuando adquiriera forma un tipo de 'iglesia católica americana'- no tendrán una participación activa en los asuntos que hasta ese entonces manejaban los 'criollos'.

y Bolívar pudo superar la constante puja de intereses que decantaba de una situación por demás injusta. Los mestizos fueron en definitiva los forjadores de la realidad peruana posterior a los Incas y debieron soportar la usurpación por parte de una pléyade de nuevos nobles y funcionarios peninsulares recién llegados en la conducción que hasta el momento habían ejercido ellos.

La mayoría de las familias tradicionales de las grandes ciudades andinas fueron forjadas a través del mestizaje y serán las grandes protagonistas de los momentos emancipadores en contraposición de aquellas coetáneas de origen peninsular que, aún cuando los lazos coloniales fueron sesgados por la ola revolucionaria, seguirán operando e intrigando en contra de los intereses locales.

Sin embargo, la cuestión mestiza e integradora no es nimia. Los reductos no alcanzados por esa globalización operada a la luz de la revolución Industrial, hoy se muestran como furibundos ecos de un pasado lleno de odios, rencores y reivindicaciones no tan santas. Los pueblos que se consideran puros (como algunas etnias espacialmente delimitadas) generan los grandes desencuentros del presente americano distribuyendo un mensaje nada conciliador y fragmentario que pone en tensión constante las relaciones con sus propios connacionales.

En la época colonial era común discernir entre un blanco, un indio, un negro o un mestizo. Hoy eso casi no es posible. América es un continente de mestizos encubiertos.

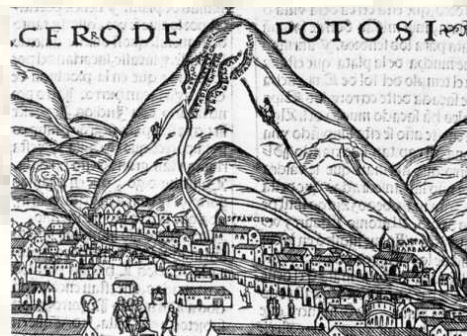
LOS CIRCUITOS PRODUCTIVOS COLONIALES

En razón de los dos objetivos básicos mencionados más arriba, la corona española puso en marcha un esquema de producción orientado a crear un gran mercado interno sujeto a la exacción constante por medio del tributo. Sin duda fue una pretensión enorme que dio buenos resultados mientras las autonomías locales y la propiedad privada de los señores feudales afincados en el territorio no fueron melladas con la confiscación a la que se vieron sometidos cuando la urgencia económica de los Borbones les tocó el timbre de sus puertas.

Hubo un quiebre interno de la economía americana con respecto a los primeros momentos de la conquista. Las modificaciones y reformas introducidas por los Borbones generó nuevos frentes económicos: las antiguas comarcas que volcaban su monocultivo dentro de un área regional de referencia, ahora se posicionaban de frente al comercio metropolitano, generando en consecuencia mejores oportunidades de despegue con respecto a sus antiguos polos de atracción.

A la par, los grandes centros administrativos se conformaban como el eslabón necesario y obligatorio con la metrópolis. Ellos nucleaban la recaudación de los tributos provenientes de la actividad comercial y extractiva de los sectores primarios. Por ende, parte de la riqueza obtenida en concepto impositivo necesariamente quedaba radicada en estas jurisdicciones -traducida en sueldos- para destinarla a ahorro (sea en concepto económico como no gastado o puesto en bienes suntuosos) o consumo. La dimensión de los mismos lo podemos observar infiriendo la dinámica comercial. El volumen de las importaciones era de tal magnitud que en algún momento eclosionó la producción hispana con la consecuente desatención de la demanda, originando así al pernicioso contrabando iniciado por las colonias con otras potencias que mellaron las bases mismas del sistema.

Los centros mineros funcionaban como los núcleos indiscutidos de los ecúmenes regionales: todo lo que se producía era destinado a ellos y su dinámica. América vio crecer a la luz de las minas de oro y plata, enormes centros urbanos dedicados a la elaboración de pequeñas manufacturas, herramientas, mulas, aguardientes y tejidos -entre otras cosas- a la vez que su paisaje rural se encargaba de mostrar la evolución de las primitivas haciendas en las fastuosas estancias que dominarán la escena político económica en los primeros años de vida independiente de las jóvenes naciones. El europeo tenía una dieta absolutamente carnívora. En su pasado no tan remoto los conejos, las liebres salvajes, pájaros, venados y todo animal que paseaba por sus pagos tenían como único destino el fogón familiar. De los cereales solo se aprovechaba lo

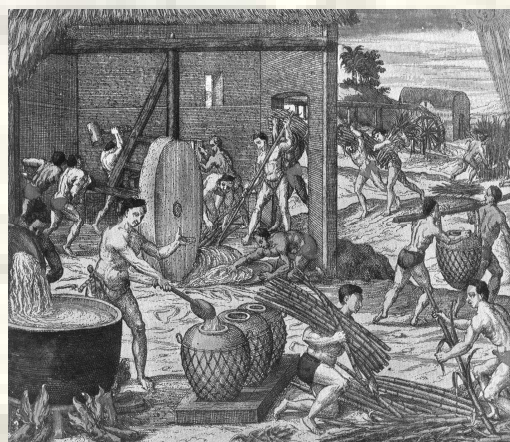


mínimo indispensable como para lograr algún tipo de pan (que era en definitiva el alimento básico de la Europa precolombina).

Los americanos supieron aprovechar esa coyuntura alimentaria -a pesar de la destrucción sistemática de todos los sistemas productivos indígenas de vegetales por parte del invasor- subsistiendo en mejores condiciones de adaptación a las nuevas exigencias. Al americano nunca le dolió no tener carne en su alimentación, lo suplía con sus ancestrales vegetales conformando una dieta rica en proteínas y vitaminas. El europeo sin carne, sucumbía. No fueron pocos los asentamientos abandonados por la imposibilidad de contar con una fauna que nutra los estómagos hispanos. De allí la proliferación de las grandes haciendas y la internación de voluminosas comunidades de indios para su atención dando lugar a las futuras ciudades del siglo XIX⁴.

Un tema no menor relacionado a la producción es el descubrimiento europeo de los codiciados frutos del café y el cacao, junto con las bondades de la yerba mate (insustituible en el mercado interno local). Ello, ha determinado la introducción de una nueva forma de trabajo llamada 'de plantación'.

La plantación funcionaba como enclave. Alrededor de un casco central dominado por el blanco se levantaban colonias de trabajadores serviles y esclavos, a la par que toda una infraestructura similar a una ciudad con sus administradores, guardias y hasta curas propios. Particularmente, lo producido en estas unidades se exportaba, constituyendo una mercancía tan valiosa como el metal mismo. Los propietarios de las mismas no erogaban tributos en metal sino en especie por lo que gozaban el mismo status que aquellos recaudadores oficiales de la corona, siendo en la más de las veces la misma persona. Muchas de las familias tradicionales de países como Venezuela, Colombia y Ecuador son los descendientes directos de esos personajes particulares.



La presencia de ingenios azucareros fue voluminosa sobretudo en el Caribe, primero insular -las Antillas- y luego continental. Costa Rica y Guatemala fueron importantes centros sobre el final del siglo XVIII.

La comunicación era vital para el sistema. El cuidado y la construcción del camino real es sin dudas uno de los legados más evidentes de nuestro pasado colonial. Hoy la ruta panamericana es el antiguo camino que conectaba a los bastiones hispanos y que en gran parte se proyectó sobre el antiguo camino imperial del Inca. De la misma forma, el sistema portuario y las rutas marítimas fueron en la medida de lo posible (hasta que España perdió su flota frente al almirante Nelson) cuidadas y fortalecidas. Una vez desaparecido el reaseguro naval a través de la marina de guerra, los puertos americanos fueron sistemáticamente invadidos no por soldados ni mercenarios sino por comerciantes y aventureros de todas las potencias de la época con el fin de colocar mercancías provenientes de su país de origen, dando lugar al contrabando y la dispersión de metálicos que terminó de matar el amor que alguna vez los comerciantes americanos, le habían jurado a la corona española. El fin del monopolio comercial hispano es el fin del poderío español en América.

LA HERENCIA

Si bien el esquema económico desarrollado en la América colonial fue fruto del esfuerzo local, la iniciativa extranjera y el inevitable ensayo-error por cuestiones lógicas (nunca antes de 1492 existió un imperio extraterritorial ultramarino) no podemos dejar de reconocer que ello fue una perfecta máquina que logró incluir dentro de una dinámica globalizada a regiones ricas y portentosas con las más pobres y miserables como algunas donde ni siquiera crecen los yuyos.

⁴ La segunda etapa de fundaciones urbanas -a partir de la segunda mitad del Siglo XIX- fue dada por el reconocimiento jurídico con el status de 'pueblo' o 'ciudad' a varios centros poblacionales que giraban en torno a un latifundio agro ganadero y su caserío circundante.

Hemos visto como se han levantado ciudades de la nada, se crearon palacios y hasta calles recubiertas de plata como describe Galeano en su obra *"Las venas abiertas de América Latina"*. Asistimos, también, a un formidable encuentro y simbiosis de culturas y a la contemplación de hechos y sucesos sociales dignos de ser presentados como íconos de la Historia de la civilización.

Todo ello fue el producto de una herencia, la herencia hispana. Queriendo o sin querer, un continente disgregado en dos grandes imperios como el Mexica y el Tawantinsuyo -sin relación aparente entre sí- con más una serie muy numerosa de pueblos dispares, errantes y trashumantes un día se vieron integrados en un proyecto común y con lugar para todos. Por supuesto que esa cohesión no fue pacífica. El aglutinante preferido del invasor fue la sangre del oprimido con la ayuda de su espada y la cruz de una ideología esclavista. Pero, y he aquí el tema de fondo, Hispanoamérica alguna vez pudo unir todos sus contornos y ello es lo que nos ocupa.

Los desencuentros, las peleas, la desidia, el desprecio y la sin razón por la que ahora somos un subcontinente pobre no se debe a que no hay forma de juntarnos sino de que no sabemos como es que lo hizo el invasor alguna vez. Cuando se retiró por la fuerza de nuestras armas y la ambición de la estructura de poder interna presente en el nuevo mundo, conjuró la más terrible de sus venganzas: se llevó su secreto y lo guardó bajo siete llaves.

Hoy nos encontramos con que no podemos poner en marcha nuestro sistema productivo. No podemos dejar de generar pobres y marginados. No podemos distribuir la riqueza. Hay una clara sectorización de los grupos económica y políticamente poderosos que perjudican al conjunto de la sociedad. La corrupción siempre conspira contra nuestros propios logros. Seguimos oteando el horizonte en la búsqueda frenética de alguna potencia que nos prohíje y nos ponga el pie encima. No somos capaces de valorar a nuestros hermanos y vecinos. Todo lo mejor viene allende el mar...

"Todos vivimos bajo un mismo techo, pero no tenemos el mismo horizonte" sentenció en alguna oportunidad Konrad Adenauer a su terruño teutón y eso es absolutamente aplicable a nosotros, los americanos.

Nuestro pasado colonial hispano es una herencia de sangre. Una herencia de la que no podemos librarnos. Es una herencia, con un legado maldito...



***La América es
ingobernable... El que
sirve a una revolución ara
en el mar.***

Simón Bolívar

GUSTAVO ARIEL TONICELLI

MMXI

